

ambientes hallarían en él a un animador insustituible.

Carlos Vicuña está ya entre los héroes que en Chile nos dedicamos a las letras.. Héroes bien tristes, casi dignos de compasión, que no logramos fama ni alcanzamos un mediano bienestar económico. Pero héroes, al fin de cuentas, porque estamos haciendo, entre las vergüenzas que nos agobian, lo único que habrá de salvarse en la hecatombe final.

Si Vicuña hasta hoy dió a la enseñanza y a su profesión de abogado las horas de su vida con la sinceridad con que él sabe entregarse a toda faena, la literatura aguarda también su dedicación fervorosa.—
Carlos Préndez Saldías.

FL INFIFPNO, por *Henry Barbusse* (1).

Estoy leyendo un libro maravilloso y triste. A la deslumbradora belleza del estilo, se une, como el pensamiento a un cuerpo bello, la profunda, la desgarradora, la cruel verdad de la vida.

Esas sombras que deambulan y se aman; que se odian; que se desean; que viven sin gritar sus nombres, sin dibujar el gesto de su cara en los espejos; a quienes no se conoce y se mira, y se ama y se tiene en los brazos y se posee; que tienen carne y no son más que sombras; que son bellas y no hacen más que encubrir un esqueleto; que desean, se afanan, sufren y se ríen mientras la calavera se despereza y se descar-

na; esas sombras que son sólo sombras, somos nosotros.

Yo y tu Amada, que te recuestas sobre mi dolor y mitigas el tuyo con el mío. Soy yo que me fatigo y me afano, mientras la Muerte, me espera en un recodo de la senda. Soy yo, y tu madre, que meciste mi cuna y que no sabes si otra mujer me ha de volver a dar su carne para mi alma; si otra mujer se ha de inclinar sobre mi rostro dormido y me ha de acariciar (de nuevo)! los rizos que acaso sean rubios. Soy yo y tú, padre, que me diste mi dolor con tu placer. Soy yo, y tú, amigo, que me miras y que me necesitas; que me miras y me mides la talla. Soy yo y tú, nombre, que has venido a mi casa por ver si puedes robarme un poco de alma de la que has menester. Soy yo y tú que me has detenido en mi camino con tu escudilla y con tus lágrimas. Soy yo y tú, que mañana echarás tierra sobre mi tierra y dolor sobre dolor....

Esas sombras, que pasan por este libro, bocas sangrientas como corazones y «desnudas sobre la desnudez de la cara», esas miradas que se dan a la mirada de los otros ojos y se dan a la soledad de las otras almas y se dan a la caricia de las otras miradas. Y esas sedas violadas por el deseo de los ojos hombrunos. Y esas faldas que se estrujan y levanta el deseo. Y esas desnudeces lívidas, en que las rosas ponen sus tintas claras y su perfume y en que la muerte pone el gusano de los remodimientos. Esas mujeres y esos hombres son todas las mujeres y todos los nombres. Y ese deseo, y esa fiebre, y ese

(1) Editorial Cenit (Madrid)..

ensueño que fracasa, y ese tormento, y esas lágrimas y esos besos, eso, todo eso es lo divino y es lo humano, es toda nuestra herencia y la herencia que dejaremos a nuestros hijos. Esa es toda la vida!

Fiebres de deseo que se abren como rosas, y una furia de vivir y una exaltación de todos los sentidos y un anhelo que arde como la llama de una pira sagrada. Besos que se abren como una inisinuación estéril, y besos, que la boca estruja para arrancar el jugo del placer más dulce que el vino, más embriagador que la dicha, más fuerte que la muerte. Besos que se fatigan sobre las bocas ardidadas y no la sacian. Y mujeres enigmáticas sin enigma. Y mujeres ardientes y fatigadas como la ceniza. Y mujeres soñadoras que dan su alma en la mirada, su alma a los cielos, a los hombres, su alma a los deseos innominados y ardientes...

Y la saciedad, y la tristeza, y el deseo que vuelca su copa y exprime sus racimos hasta sacar el vino del dolor y agota la dicha hasta la hez. Y la insatisfacción después del placer, y la tristeza de la carne, y el sabor de la ceniza, y la herida del beso, que nada cura; y la sangre de las palabras que mana, que mana, del alma herida como la rocia por el impulso del agua que soñaba en las entrañas de la tierra por la caricia del sol!

Esta es la tragedia de ayer y la tragedia de hoy, y la tragedia de mañana. Es la furia de vivir y la fragilidad de la dicha, más quebradiza que el cristal, más deleznable que la arena, más inconsistente que la

nube; como la espuma luminosa y como ella leve; embriagadora como el vino, y como él, ardiente y nocivo; clara como la mañana y como ella precursora del crepúsculo y de la agonía.

Estos hombres, estos desconocidos, de los que no sabemos otra cosa que su dolor y su deseo, su alegría y sus lágrimas son sin embargo, El Hombre! Leves sombras que pasan a la vera del charco y que el charco copia un momento y se desvanecen en la sombra dormida, inmutable, sorda, ciega! Leves sombras que se pierden en la inmovilidad azul de los espejos, así los gestos de dolor como las risas.

Sombras que tienen carne y tienen nervios y tienen el ardor de la llama y la inconsistencia del sueño. Sombras que son manos y que son alas, o mejor, manos que al orar y al bendecir, y al matar copian sobre la nada la silueta fugitiva y numerosa de muchas alas. Sombras que son El Hombre.

Tendido sobre la hembra, jadeante sobre la hembra, babeando lujuria, grandioso como un arcángel, en el acto divino y miserable; mísero en la saciedad y divino en la creación. Divino al deshojar la flor de su sangre en los labios de la hembra, y pobre, más pobre que un mendigo cuando tiende las manos a una dicha que se le escapa, cuando llora sus lágrimas de desencanto cuando viste la desnudez de su alma con los harapos de su alegría y mata la tristeza de la ceniza con la nueva embriaguez de su sangre.

Este es el *Infierno*.

Y es también el Cielo.

Esta es la Vida!

La vida que es miserable y que es divina, que se nos da sin que la pidamos y la damos por placer para el dolor; que se anuncia en llanto del niño y no acaba en el sollozo de la virgen.

La vida que hace de Ellos dos, El y Ella dos desventurados dichosos. Ellos dos que reflejan el ansia de su carne en el ansia de sus ojos y la cara del uno en la cara del otro. Ellos dos, que se lo dan todo y no se dan nada; que confunden sus fiebres en una llama y sueñan (¡ilusos!) confundir sus almas en un anhelo; que sienten su sangre hecha una en el acto divino por el que venimos suspirando desde niños y que ya viejos, a gatas sobre la tierra, nos hace suspirar con el recuerdo de placeres, que la carne no olvida. Ellos dos, Hombre y Mujer, hechos del limo de la tierra y la carne de la nube, que gozan y se exaltan, y se creen divinos un leve instante, para despertar luego y ver al viento arrastrar el cadáver de los sueños como un puñado de ceniza; para ver luego aullar al viento por las grietas del Idolo y pasar sollozando venturas muertas al soplar sobre las ruinas de un deseo.

Ellos dos, que caminan prendidos de las bocas anudándose con las manos, buscándose con las manos y con los ojos, como si viéndose uno al lado del otro temieran no encontrarse; como si palpándose con los ojos, temieran verse desvanecer en la sombra de donde vinieron y a donde han de volver bien breve.

Ellos dos, que se dicen palabras de dulzura inaudita como si con pa-

labras quisieran echar un nudo ciego a sus anhelos y encarcelar sus almas que vuelan libres por cielos distintos y distantes.

Ellos dos, que se olvidan el uno en el otro, y viven su vida en la vida ajena y se descargan del alma en el alma que no es nuestra y caminan su vida hacia la muerte, y viven sus días royendo el pan de una dicha, más negro que el pan de centeno y tan pequeño que pronto el mendrugo se acaba y muerden el puño y devoran la mano, la pobre mano enflaquecida y mendigante.

Ellos dos, Hombre y Mujer, unidos como dos condenados, unidos como las sombras de Paolo y Francesca por un beso que no sacia, mordiéndose las bocas hechas de tierra, las bocas que nan de morder mañana el polvo de la tierra, caminando sin rumbo, sin brújula, sin bordón y sin paz; caminando su breve camino doloroso y penoso, empujados por la vida hacia la muerte!—*Alberto Guillén.*

ENSAYOS

JEUNE HOMME, por *François Mauriac*. Librairie Hachette.

Nadie como los editores franceses para satisfacer los gustos y las necesidades espirituales de nuestro tiempo. Son ellos los que controlan esa corriente misteriosa que se establece entre el público y el escritor, los que vetan y aprueban, los que aun, de vez en cuando, determinan las condiciones de idoneidad de un género. Hay toda una